

**Federico Kauffmann Doig**

## **Gestación y rostro de la civilización andina**

*La infinita copia de gentes  
(que en discurso de largos años) en este nuevo Mundo se  
propago,  
era tanta que apenas quedo en el rincon (por oculto, y remoto  
que estoviesse) que de los naturales no fuesse buscado, y  
ballado y poblado,  
y aunque conforme á buena razon, en los principios de su  
entrada no biciesen caudal de qualquiera tierra para  
sembrar sus labranzas  
sino de la muy estremada, y de los templexo solo el muy  
begnino, y sano se abitasse  
vino a tanta copia la mulplicacion de las gentes,  
y dieron tal saco mano á este pedazo de Mundo,  
que no faltauan ya bombres para las tierras sino tierras para  
los bombres (...)*".

Miguel Cabello Valboa  
(¿1533-1608?)

El presente ensayo tiene por objeto analizar el tema relativo a la gestación de la civilización peruana ancestral, empleando una estrategia innovadora, tendente a buscar una aproximación a lo medular del fenómeno, que conduzca, en otras palabras, a formular una explicación acerca del porqué del surgimiento precisamente en la región de los Andes, de una cultura altamente compleja. Acto seguido, se propone ahondar en las causas que llevaron a impregnarle el rostro particular que ostenta frente al de otras civilizaciones del mundo antiguo. Aunque, de paso, se estima que en relación con el tema también resulta de interés explicar por qué todas las civilizaciones de la antigüedad presentan entre sí denominadores comunes que no necesariamente afloraron a la sombra de fenómenos difusionistas.

## **1. Introducción**

De lo expuesto se desprende que la nueva perspectiva que aquí se plantea sobre el tema de la gestación de la antigua civilización peruana y de su rostro, abandona los tradicionales ajetreos destinados a buscar el centro originario de la experiencia civilizatoria, así como también la estrategia empleada para el efecto, que se reduce a puntualizar similitudes o a advertir diferencias en materia de decoración y de formas artísticas diseminadas en espacios geográficos dados. También se obvia, ex profeso, el tradicional interés por establecer las rutas de

dispersión seguidas por la manifestación cultural considerada como primigenia.

Las preocupaciones citadas, que embargaron siempre a quienes en el pasado se aprestaron a rastrear el tema de los orígenes, proporcionan conocimientos de carácter histórico que ciertamente conllevan aspectos de interés. Pero éstos no tienen mayor trascendencia en la dilucidación del problema, cuando éste apunta a resolver la génesis de la civilización ancestral peruana como tal; es decir, cuando el objetivo se centra en detectar los móviles que llevaron a la gestación en sí de la civilización peruana ancestral y a la búsqueda de una explicación de los factores que plasmaron la configuración de su rostro.

Las conclusiones aquí expuestas sobre el tema derivan de constataciones de orden ecológico, puesto que sindicán a las presiones demográficas como el móvil principal que accionó sobre la gestación de las civilizaciones ancestrales. El fenómeno demográfico al que hemos aludido, se presentó en el Perú adoptando características de sobrepoblación desde hace algo más de tres mil años. Es decir a partir del momento en que tanto los pobladores costeños como los cordilleranos fueron emancipándose del sustento que les proporcionaba la caza, la pesca y la recolección de vegetales, para en adelante dedicarse a formas primarias del cultivo de la tierra, o sea, a la producción de sus alimentos por medio de la agricultura; dicho en dimensión temporal, desde los albores de las prácticas agrícolas en su forma desarrollada.

Al factor demográfico se articula uno segundo, también de notoria repercusión en la gestación de la civilización. Éste se refiere a la condición predominantemente árida que caracteriza el territorio andino —de las regiones correspondientes a los Andes costeños y cordilleranos—. Debido a esta condición de la naturaleza, el Perú antiguo sólo contaba con suelos aptos para el cultivo extremadamente limitados; fue ésta la circunstancia

que condujo a que los suelos fueran prontamente ocupados y la población terminara siendo excesiva para el medio.

En resumen, el crecimiento sostenido y creciente de la tasa de natalidad entre los agricultores, unido al hecho de que éstos sólo disponían de reducidos espacios cultivables, fueron al parecer los factores condicionantes en la gestación de la civilización andina.

Acaso también las demás formas de civilización de la antigüedad, como las de Mesopotamia y Egipto, nacieron bajo el mismo signo, ya que experimentaron condiciones similares si tenemos en cuenta que su población, dedicada a la agricultura, ocupaba un territorio árido que, como lo puntualizó Karl Wittfogel (1955), requirió de obras de regadío para asegurar la subsistencia.

Esta constatación puede ser aplicable aun a la civilización maya, por cuanto su morada primaria, en las serranías de Guatemala, era también impropia para los agricultores. Por lo mismo éstos se vieron obligados a abandonar su hábitat primitivo, cuando la población había crecido en forma desmesurada para el medio caracterizado por su aridez. Luego de florecer durante algunas centurias en la floresta de El Petén, los suelos antes boscosos que les proporcionaban el sustento y les había permitido un crecimiento acelerado, comenzaron a empobrecerse, y la tala exagerada a acarrear sequías prolongadas que ponían en peligro la existencia. Por lo mismo, se vieron obligados una vez más a migrar, abandonando el terruño tropical donde habían erigido esplendorosas ciudades, trasladándose a la península de Yucatán que tampoco era territorio propicio para agricultores.

Bajo la perspectiva expuesta se advierte, una vez más, cómo las civilizaciones antiguas en general, incluyendo aquí la peruana ancestral, parecen haberse gestado como consecuencia de la creciente tasa demográfica que desarrollaban los

agricultores en unión con la adversidad de un medio con limitados suelos aptos para el cultivo, que muy pronto resultaban ser insuficientes para cubrir la cuota de alimentos requerida.

El despegue demográfico surgió, teóricamente, debido a la bondad del territorio para ofrecer el sustento mediante la actividad agraria, cuando la población todavía podía sustentarse sin recurrir a ampliar su frontera agrícola. Pero este estado paradisíaco debió pronto desvanecerse, viéndose obligado el hombre, para no sucumbir, a afrontar la imperiosa necesidad de ensanchar sus áreas de cultivo. Sólo de esta manera, empleando creatividad e innovación, tanto en lo que se refiere a técnicas agrarias como a ordenamientos en lo administrativo, le era factible producir la cantidad de alimentos requeridos por la creciente población y así subsistir.

Menudean testimonios, al parecer inobjectables, de este batallar por el sustento que se tradujo en gestor de la civilización del antiguo Perú. Allí están, por ejemplo, las grandiosas obras de ingeniería agraria y los muy extensos andenes construidos en las faldas de los cerros, a los que se sumaron otras diversas técnicas puestas en práctica con fines de incrementar la producción agrícola. Asimismo, es de tomar en cuenta que la organización de la sociedad, los preceptos morales, el mundo espiritual y prácticamente todas las manifestaciones culturales propias de la civilización peruana ancestral, como acaso también de las demás del orbe, parecen haber aflorado como respuesta a la voluntad de hacer frente al fantasma del hambre siempre en acecho por las razones ya mencionadas (Kauffmann Doig, 1986a, 1987, 1989, 1991, 1993).

## 2. El tema de los orígenes americanos en el pasado

La curiosidad por rastrear los orígenes del hombre sobre el planeta es asunto de preocupación universal, al igual como también de muy antigua data; lo demuestra la propia Biblia. Los enfoques conducidos a encarar y a ofrecer una respuesta a esta interrogante llevaron desde tiempos pasados a plantear una diversidad de propuestas, prácticamente todas inmersas en sustancia mítica. Seguidamente, repasaremos el tratamiento que recibió el tema del origen de los americanos ancestrales desde el siglo XVI.

El interés por la indagación sobre la prosapia de los pobladores originarios de América, fue azuzada por la novedad y el carácter exótico que significó el descubrimiento de un continente cuya existencia era hasta entonces ignorada.

El problema a ser resuelto incluía dos aspectos que necesitaban explicación: la procedencia de los pobladores ancestrales de América, y aquel referido a las formas culturales que florecían en tiempos de la invasión española. De especial interés, como es natural, era responder a las interrogantes planteadas en este sentido por la civilización de México y Perú. Estas incógnitas fueron acometidas sobre todo en base a acarreo eruditos en los que primaba la arbitrariedad y la ausencia de crítica.

Hubo quienes consideraban que los primeros inmigrantes a la América habían sido cananeos; otros suponían que éstos más bien habían sido fenicios, cartagineses, hebreos, egipcios... Citemos, entre los diversos autores de entonces, a Gregorio García (1650-1627), cuya obra lleva por título *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (García, 1607).

Excepcionalmente un escritor del siglo XVII, Antonio de León Pinelo (c. 1590-1660), concibió una hipótesis contraria a las demás al sostener que la cuna de la humanidad era América.



Argumentaba León Pinelo que el idílico paraje bíblico del Edén había que encontrarlo nada menos que en la Amazonía; es por eso que su obra lleva el sugestivo título de *El paraíso en el Nuevo Mundo...* (León Pinelo, 1645-1650).

Los argumentos acarreados en favor de una como de otra tesis, resultan ser débiles y hasta pintorescos a los ojos de hoy. Por lo mismo, las conclusiones que presentan los escritores de los siglos XVI y XVII, son hoy tomadas en cuenta sólo para rastrear y conocer el curso histórico que siguieron los debates sobre el tema de los orígenes de los antiguos americanos (Iriarte, 1995: 104-120).

De todas las posiciones lanzadas en los siglos XVI y XVII sobre el poblamiento de América, sólo una revela ser pasmosamente respetable para su tiempo, por cuanto muestra estar emancipada de las típicas interpretaciones antojadizas basadas en posturas pseudoeruditas que regían entonces. Nos referimos a las formulaciones lanzadas por Joseph de Acosta (1540-1660). Vislumbró el padre Acosta (1590), no obstante que en su época los conocimientos geográficos eran precarios, que la cercanía entre Asia y América era notable en el Estrecho de Bering, deduciendo de esto que aquí debía encontrarse la puerta natural por donde el hombre habría ingresado a la América (Canals Frau, 1955: 37-38). En los siglos siguientes el interés por el tema de los orígenes decayó.

La propuesta del origen asiático del americano ancestral que llegó por el estrecho de Bering, en persecución de la megafauna que le servía de alimento, fue cimentada por Ales Hrdlicka en el siglo XX. Es de dominio general que esta es la teoría del poblamiento de América que cuenta con aceptación unánime. Se fundamenta en factores adicionales a aquel de la aproximación geográfica de América y el Viejo Mundo (Hrdlicka, 1917). Ales Hrdlicka se mostró diametralmente opuesto al autoctonismo del hombre americano, al constatar que las

pruebas expuestas por Florentino Ameghino (Ameghino, 1880) sobre el particular carecían de solidez; desde entonces, lo pregonado por el paleontólogo argentino quedó descartado.

A la teoría que explica el origen asiático del americano ancestral venido por el estrecho de Bering, se suman otras propuestas. Éstas no la desestiman en lo absoluto, pero proponen que hubo otras vías de penetración en el continente americano. Por ejemplo, la posibilidad de haberse producido influencias transpacíficas a la América, tanto de contingente humano como de patrones culturales de prosapia oceánica. Evaluada por Paul Rivet (1925; 1943: 81-110), esta hipótesis cuenta con un grado de credibilidad importante. Por su parte A.A. Méndez Corréa (1928) señaló que australianos podrían haber alcanzado la América del Sur; habrían migrado recorriendo las costas de la Antártida, hasta hacer su ingreso por Tierra del Fuego.

Una hipótesis que también considera la presencia de contactos transpacíficos es la presentada por Thor Heyerdahl (1952). Pero sus planteamientos inciden en que la ruta seguida fue en sentido inverso, de América a Oceanía. En el contexto de esta visión, es preciso recordar la expedición marítima que en tiempos del soberano Túpac Inca Yupanqui, en el siglo XVI, habría navegado mar adentro partiendo de las costas del Pacífico (Kauffmann Doig, 1992: 24-26).

En cuanto a las indagaciones de Robert Heine-Geldern (1954) y de otros estudiosos como Gordon F. Ekholm (Heine-Geldern y Ekholm, 1951), relativas al origen cultural chino de las civilizaciones del antiguo México y del antiguo Perú, estos postulados son al presente tomados con reserva en los ámbitos académicos. Puede afirmarse que en alguna forma estas pesquisas tienen su continuación en las investigaciones arqueológicas ejecutadas por Betty J. Meggers, Clifford Evans y Emilio Estrada, quienes plantean que la cerámica Valdivia llegó



al Ecuador originalmente desde el Japón hace unos 5 mil años (Meggers, Evans y Estrada 1965).

Otro contingente de inmigrantes del Viejo Mundo llegados a la América antes de Colón, sería el conformado por vikingos originarios de Noruega. Luego de establecerse en Islandia y de colonizar las costas de Groenlandia, algunos navegantes nórdicos habrían terminado por hollar suelo septentrional de América del Norte (Rivet, 1943: 163-169). Si bien es cierto que no se puede descartar de plano la posibilidad de que navegantes nórdicos hayan arribado a la América, es necesario recordar que su presencia habría sido pasajera y restringida a un área del Continente, donde moraba gente de economía recolectora y por lo mismo culturalmente muy distinta a la portadora de las civilizaciones maya-azteca y peruana antigua. Las incursiones de vikingos, por otra parte, sólo habrían tenido lugar hace algo más de mil años, es decir cuando las grandes civilizaciones americanas ya contaban con un desarrollo milenario y exhibían un rostro de características definidas.

### **3. El tema de los orígenes en el incario y en los siglos XVI y XVII**

El tema de los orígenes fue abordado desde antes de la invasión española, como lo ponen en evidencia los diversos relatos míticos recogidos por escritores de los siglos XVI y XVII.

Es de esta manera como tenemos conocimiento de que en el incario afloraron respuestas diversas en materia de "orígenes". Uno de los mitos de creación señalaba que los primeros hombres habrían brotado del vientre de la Pachamama o la Madre Tierra, por cuevas, grietas y lagunas que simbolizan las múltiples vulvas de la divinidad procreadora.

También disponemos de otras versiones míticas, de prosapia prehispánica, sobre el particular. A algunas de éstas van amalgamados genuinos mensajes propagandísticos. Estos relatos fueron inventados por las elites, con el propósito de valerse de una fórmula certera para inculcar, entre las mayorías, la creencia de que la condición socioeconómica de los humanos era desigual desde cuando habría brotado la humanidad. Como quiera que este ordenamiento obedecería a la voluntad de los poderes sobrenaturales, la desigualdad social entre los hombres, en el incario, era asunto consagrado y, por lo mismo, no era discutido ni posible de ser alterado jamás (Kauffmann Doig, 1982).

Lo que cuenta el mito de Vichama es elocuente al respecto. Relata que los antepasados primigenios de la humanidad nacieron de tres míticos huevos: uno de oro, otro de plata y el tercero de cobre. Como en la actualidad, estos metales gozaban también en el antiguo Perú de un valor desigual. El más cotizado era el oro debido a su rareza, grado de resistencia al óxido, al hecho de que se le consideraba el metal más bello por su brillantez y matiz dorado y, por ende, por cuanto era vinculado al Sol. Por lo mismo, era precisamente del huevo de oro del que habrían eclosionado los ancestros de los soberanos y de la alta nobleza; del de plata las mujeres de éstos, y del de cobre la gente común conformada básicamente por el campesinado (Kauffmann Doig, 1982; 1990, 2: 80-81, 161).

Como ya quedó referido en anteriores acápite, diversos autores de los siglos XVI y XVII publicaron tratados en los que dan cuenta de su parecer sobre el origen de los americanos y de los antiguos peruanos en particular, en base a lucubraciones respaldadas en un derroche de erudición acometido con carencia de método. En los dos siglos subsiguientes el interés en el tema declinó y los contados aportes siguieron la ruta de las disquisiciones desprovistas de fundamentos presentados con solidez.

#### 4. Discusiones contemporáneas sobre los orígenes

En los albores del siglo XX el tema que nos ocupa volvió a aparecer sobre el tapete, abordándosele, desde entonces y hasta el presente, con métodos arqueológicos y con rigor antes desusado.

Durante la vigésima centuria fueron Max Uhle, Julio C. Tello y Rafael Larco Hoyle, los estudiosos que descollaron por sus desvelos tendentes a rastrear los orígenes del pasado arqueológico peruano e identificar las rutas de difusión cultural adoptadas. A los nombrados se suman arqueólogos de tiempos más recientes, como Donald W. Lathrap, Richard L. Burger y otros.

Los estudiosos citados limitan sus acciones casi por entero a prospecciones de carácter histórico. Por lo mismo, acometen el problema sólo sobre la base de acuciosos análisis estilísticos tendentes a identificar lo que habría sido el centro originario de la civilización peruana, e interesándose además en establecer los senderos de su dispersión. Por estos caminos de la investigación han transitado, o transitan todavía, Henning Bischof (1984), Richard L. Burger (1985, 1993), Marco Curatola (1991), Federico Kauffmann Doig (1961, 1962), Donald W. Lathrap (1975), Luis G. Lumbreras (1989, 1990), Rogger Ravines (1984), John H. Rowe (1962) y otros estudiosos. La excepción de la regla está dada por Michael E. Moseley (1975), cuyo aporte comentaremos oportunamente; de alguna manera también por Augusto Cardich al traer a colación aspectos relativos a la agricultura tradicional andina (Cardich, 1987).

Por cierto también Luis G. Lumbreras (1972, 1990) se sintió atraído en buscar los móviles del proceso andino, especialmente en cuanto a la génesis del Estado y de los pasos iniciales del desarrollo urbano, temas preferidos del materialismo histórico.

Por lo mismo, su metodología calca en lo fundamental los recetarios propuestos por Marx y por Engels en la centuria decimonona. Válidos o no, éstos fueron concebidos originalmente para una realidad distinta a la andina; por otro lado, dejan de tomar en cuenta, en su justa medida, la honda repercusión que, en la gestación de las civilizaciones antiguas, le cupo al factor demográfico articulado a la capacidad de sustento del territorio para nutrir sociedades estigmatizadas, por presentar una tasa de natalidad en constante y rápido aumento debido a su economía agraria.

De esta manera, los senderos del materialismo histórico excluyen aquellos fundamentos que en la presente ocasión se esgrimen como capitales resortes de la gestación del proceso arqueológico peruano, y como factores que explican las causas de los rasgos que definen su rostro. Como veremos más adelante, partiendo de los factores citados, acaso hasta podría explicarse el despertar de las demás antiguas civilizaciones del orbe, entendido el término 'civilización' como opuesto al tipo de cultura que presentan las sociedades recolectoras, tanto como aquéllas que ensayan formas primarias de agricultura.

Max Uhle (1856-1944) esgrimió la hipótesis de que el origen de la civilización ancestral andina podría remitirse a influencias culturales irradiadas al Perú desde Mesoamérica. Sus conclusiones al respecto, de neto contenido histórico, las fundamentó en reales o presuntas similitudes de forma y de decoración que advirtió al comparar la cerámica mexicana con la peruana, particularmente la mochica (Uhle, 1920, 1959).

La posición de Uhle quedó superada a partir de 1919, cuando Julio C. Tello inició sus investigaciones en Chavín de Huántar y fue demostrando que la cultura mochica había sido precedida por la de chavín, sindicando que en sus fases iniciales ésta era anterior a aquélla acaso en un milenio (Tello, 1929, 1943). Tello propuso que los testimonios ubicados en Chavín

de Huántar representaban la "cultura matriz", deduciendo que siendo éste el centro originario de la civilización peruana era el lugar desde donde ésta se habría esparcido por la región de los Andes, tanto por las regiones de la costa como de la cordillera. Al alcanzar la región costeña, chavín habría dado origen a aquellas expresiones que por su estilo y representaciones son afines a Chavín de Huántar, como el arte cupisnique y modalidades otras que exhiben rasgos que las emparentan.

La hipótesis formulada sobre el tema de los orígenes, por Federico Kauffmann Doig (1962), es próxima a la expuesta por Uhle, aunque sus argumentos reposan sobre bases distintas; algunos años después de presentada, el mismo autor se encargó de refutarla (Kauffmann Doig, 1976: 62-65). Parte del hecho, por entonces consagrado, de que la cerámica olmeca de México era, en sus primeras fases, más antigua que la peruana de chavín y de cupisnique. Adicionalmente, traía a colación la circunstancia de que los resultados de la investigación arqueológica en el Perú, los años cincuenta y sesenta, parecían comprobar una virtual inexistencia de fases de transición entre la etapa preagrícola testimoniada por Lauricocha (Cardich, 1958) y la etapa en que, como en el caso de chavín, prevalecía un tipo evolucionado de producción agrícola (Kauffmann Doig, 1961). Por otro lado, la etapa intermedia entre las citadas, caracterizada en cuanto al tipo de actividad económica que exhibe, de prácticas agrícolas incipientes y reconocida por Junius B. Bird (1948) en Huaca Prieta y, posteriormente, a lo largo de la costa por Frédéric Engel (1958), no parecía ofrecer evidencias relativas a formas de transición en el aspecto cultural. Sin embargo, éstas al parecer sí se dan, expresadas en testimonios de la arquitectura monumental anterior al arte chavín en general, que floreció en la costa como lo esgrime acertadamente Rosa Fung Pineda (1982).



Al proponer la prioridad temporal de cupisnique sobre Chavín de Huántar, Rafael Larco Hoyle (1901-1966) fue ardoroso defensor del origen costeño de cupisnique y con ello de la civilización ancestral peruana (Larco, 1941). De este modo, las conclusiones de Larco fueron opuestas a las de Tello, que sostenía apasionadamente que las expresiones costeñas vinculadas por sus rasgos a Chavín de Huántar, como cupisnique y modalidades afines, eran todas derivadas de su "cultura matriz" cordillerana.

La discusión acerca de una mayor o menor antigüedad de Chavín de Huántar frente a afloraciones costeñas estilísticamente emparentadas, continúa al presente y prosigue siendo materia de estudio y de discusiones. Especialmente, Richard L. Burger (1985, 1993) le ha dedicado especial atención, con prolijos cotejos de fechados radiocarbónicos que lo llevan, con Larco, al convencimiento de la prioridad costeña del arte e ideología conocida como chavín. Dudas acerca de una mayor antigüedad del arte calificado como chavín sobre sus expresiones emparentadas presentes en la costa, como cupisnique, fueron también expresadas, aunque sin el debido énfasis, por otros autores (Kauffmann Doig, 1976, p. 96; 1981, p. 10).

Julio C. Tello (1880-1947) mostró, adicionalmente, interés por desentrañar las raíces de Chavín de Huántar, cuyo arte acusa ciertamente un grado alto de maduración. Remontó el origen de Chavín de Huántar a flujos migratorios, de gente procedente de la Amazonía, que habría escalado los Andes portando una especie de cultura chavín rudimentaria. Consideramos que esta argumentación suya adolece de fundamentos convincentes (Kauffmann Doig, 1983: 197-198). No nos explicamos, por otro lado, cómo esta posición es aceptada por quienes, como Burger (1985, 1993), sostienen la prioridad de Cupisnique sobre Chavín de Huántar; y es que de



este modo, y aun cuando sin enunciarlo categóricamente, estarían aceptando el origen amazónico de Cupisnique.

Con posterioridad a Tello el remoto origen amazónico de Chavín de Huántar fue defendido apasionadamente por Donald W. Lathrap (1970, 1971). Los fundamentos que presenta Lathrap al respecto, se reducen a consideraciones de orden iconográfico. Concluye que las plantas y animales retratados en el arte de Chavín de Huántar son propios de la foresta amazónica. Estas apreciaciones suyas, al igual que otras del estilo propuestas por seguidores suyos entre los que destaca Peter G. Roe (1988), son discutibles por las dificultades que ofrece su demostración. Lathrap y sus discípulos pasan por alto, ciertamente, el carácter profundamente surrealista del arte chavín, que por lo mismo impide obtener interpretaciones provistas de un grado aceptable de credibilidad en cuanto a identificación de los motivos que representa. También se advierte una ausencia de método entre los estudiosos nombrados. De este modo acometen el tema iconográfico, diríase, limitados a obrar sólo a ojo de buen cubero (Kauffmann Doig, 1985: 32; 1989b: 258-260). Adicionalmente, existen otras consideraciones que reducen la validez de la hipótesis acerca de la prosapia amazónica de Chavín de Huántar y sobre las que nos hemos ocupado en otras oportunidades (Kauffmann Doig, 1983: 197-198; 1989b: 259; 1990, 1; Kauffmann Doig y Gonzales, 1995).

En suma, los esfuerzos dirigidos a rastrear los orígenes del pasado arqueológico peruano hasta aquí reseñados, se limitan a sofisticados seguimientos en busca de establecer el lugar de desarrollo primario del arte chavín, y de las rutas seguidas en su difusión. Por otra parte, estos desvelos se reducen básicamente a reconocimientos tipológicos y a constataciones fundamentadas en resultados ofrecidos por la veleidosa cronología radiocarbónica. Por lo mismo, estos enfoques discuten el tema de los orígenes ceñidos sólo a problemas de

orden estrictamente histórico. Por lo mismo, persiguen objetivos totalmente diferentes a los aquí propuestos, de acometer el tema penetrando en los entretelones en sí de la gestación del proceso civilizatorio ancestral peruano, y tratando de hallar las causas que modelaron su perfil (Kauffmann Doig, 1976:8; 1986a; 1987; 1989c; 1991; 1994).

## **5. El territorio y su papel en la gestación de la civilización andina**

El país de los incas ocupó un territorio muy extenso en comparación con el que ocupan, por ejemplo, las naciones europeas. Sin embargo, siendo su espacio árido por antonomasia, se constata que sus suelos aptos para el cultivo son en extremo reducidos comparados con los que presentan países como los citados, del Viejo Mundo.

Esta condición particular de la naturaleza peruana, avara en tierras aptas para la agricultura, se presenta en dos de los tres grandes espacios geográficos que conforman la *macroecorregión* de los Andes. En los *Andes costaneros* con sus desiertos que se extienden a lo largo de más de dos mil kilómetros, interrumpidos tan sólo por una treintena de oasis fluviales de consideración, y en los *Andes cordilleranos* con sus valles interandinos que parecen perderse en cuanto a su dimensión en la inmensidad del espacio serrano caracterizado por ser árido o estepario.

Los *Andes amazónicos*, que conforman el tercer espacio geográfico de la macroecorregión de los Andes, se desplazan por el flanco oriental cordillerano y ofrecen la particularidad que su abrupta topografía está cubierta por un manto siempre verde de floresta tropical de neblina, que avanza hasta altitudes que sobrepasan los tres mil metros sobre el nivel marino. Los

Andes amazónicos presentan tierras de uso efímero para la agricultura intensiva; devastados los bosques afloran suelos dotados de sólo una exigua capa de humus que pronto es arrasada por las lluvias torrenciales que allí imperan (Kauffmann Doig, 1989: 8-11).

La *amazonía* u *boya amazónica* constituye la otra macroecorregión que, conjuntamente con la macroecorregión de los Andes, conforma el territorio peruano. Es igualmente inapropiada para la explotación agrícola; no nos detendremos en comentarios sobre el particular por cuanto esta macroecorregión fue escenario de una tradición cultural distinta a la que floreció en los Andes.

A la limitación de suelos aptos para el agro, tanto cultivados como cultivables y que según estimaciones oficiales juntos no pasan del 6% de la extensión total del territorio que hoy ocupa el Perú, se suma otro flagelo: el de los azotes que desata periódicamente la naturaleza. Estos desastres naturales se traducen en sequías más o menos prolongadas o, por el contrario, en temporales de exceso pluvial; en ambos casos, estos fenómenos inciden desfavorablemente en la producción agrícola. En los lugares cordilleranos situados más allá de los tres mil metros de altitud, los campos de cultivo están adicionalmente expuestos a granizadas destructoras.

Esta realidad de la naturaleza peruana, sin duda trágica en su relación con la producción de alimentos, fue celosamente ocultada desde el siglo XIX, debido a una actitud patriota bondadosa, y hasta llegó a ser falseada al ponderarse la existencia de una riqueza de suelos. Desde el pupitre escolar era y es todavía propagado este infundio, valiéndose por ejemplo del cuento de que los peruanos son "mendigos sentados sobre una banca de oro", cuando el autor de la frase, Raimondi, sólo aludía con este fallo a la opulencia de minerales que en su tiempo no eran debidamente explotados en el país.

Sin embargo, la limitación de los suelos aptos para el cultivo no siempre fue un asunto vergonzante, ni motivo de ser silenciado; naturalmente que para el campesino peruano, de ayer y de hoy, esta situación nefasta no fue jamás ignorada.

Desde pasados siglos el propio Garcilaso (1539-1616), que tanto amó al Perú, fue enfático en sus escritos cuando se refiere, sin tapujos y reiteradamente, a la triste realidad representada por la limitación de suelos aptos para el cultivo. Señala al respecto una y otra vez: *"como hemos dicho, en todo el Perú hay gran falta de tierras de pan"* (Garcilaso, 1609, Lib. V, c. 3).

Es de tomar en cuenta que Garcilaso era consciente de la desventaja del territorio peruano en la época en la que le tocó vivir, esto es cuando la población nativa había decrecido notablemente debido a epidemias y a otras causas que sobrevinieron con la invasión española. No obstante la reducida población, que en su tiempo sumaría unos dos millones de almas, el problema de la escasez de suelos cultivables aun para ese número de gente era notorio, como se desprende de la lectura de Garcilaso; con todo, debido a la exigua cifra demográfica vigente por entonces, el problema del sustento no debió exteriorizarse en la misma proporción que en el pasado prehispánico.

También Guaman Poma (¿1526-1613?) alude con la mayor naturalidad al empleo de técnicas usadas para ampliar la frontera agraria en tiempos aun anteriores al incario, con lo que da a entender la necesidad que había de intervenir con ingenio la naturaleza con el fin de implementar la producción de los alimentos (Guaman Poma, c.1600).

Pero fue precisamente debido a la naturaleza limitada en suelos cultivables, que la creciente población se vio forzada a buscar y a poner en marcha fórmulas para asegurar su subsistencia, dando esta circunstancia como resultado la afloración de bienes culturales que juntos son los que hicieron

posible el nacimiento de la civilización andina. Sobre este tema se abundará oportunamente.

## **6. Sobrepoblación y su secuela en la gestación cultural**

Lo que en esencia establece si un espacio geográfico debe o no considerarse como sobrepoblado, es la posibilidad de un territorio en cuanto a su capacidad de sustentar a un número determinado de personas. Por lo mismo, los llamados índices de densidad demográfica sólo suelen confundir y distorsionar realidades, cuando son expuestos sin incidir en la magnitud de sustento del medio.

En lo que concierne al Perú prehispánico, es de advertir que no obstante la devoción demostrada en el incario por toda clase de censos, es prácticamente imposible contar con guarismos demográficos que no sean más que simples tanteos. Adicionalmente, el deseo de compilar cifras poblacionales relativas al pasado ancestral peruano se traduce en una quimera, dadas las fluctuaciones permanentes a las que está expuesta la población en el tiempo por causas diversas, entre las que pueden figurar epidemias o casos de mortandad desatados por hambrunas debidas a desastres. Es el caso de sequías prolongadas o por el contrario de precipitaciones pluviales excesivas como las que acarrea el fenómeno de El Niño (Moseley y Deeds 1982; Nials et alii 1979; Sandweiss et alii 1983).

Ni siquiera se conoce con exactitud el número de habitantes que poblaba el incario al momento de la invasión española, siendo en algunos casos absurdas las estimaciones esgrimidas al respecto por la disparidad que presentan (Aranibar, 1976). Los estimados difieren notablemente, aun los evacuados por profesionales. Así, George Kubler (1946) y John H. Rowe (1946)



proponen, respectivamente, que al presentarse los españoles en Cajamarca, en 1532, la población habría sido del orden de los tres y de los seis millones; acaso fue superior y alcanzó los nueve millones y aun más si aceptamos los cálculos de Noble David Cook (1981), como que pudo ser infinitamente inferior si tomáramos en cuenta la cifra de menos de dos millones dada por el especialista en demografía Ángel Rosenblat (1954).

No obstante que carecemos de datos poblacionales cuantitativos para las diversas etapas arqueológicas, se deduce que el Perú estaba sobrepoblado a la llegada de los españoles, y que soportaba este estigma probablemente desde hace algo más de 3 mil años. Esto puede ser demostrado, sin dar lugar a cuestionamientos de peso, siendo los testimonios que respaldan esta aseveración acaso más elocuentes y confiables que los cálculos numéricos que podrían establecerse.

Éstos están constituidos por testigos del pasado arqueológico; es decir, por manifestaciones materiales, palpables, que atestiguan que en efecto el territorio de los incas soportaba un exceso de población debido a la naturaleza andina constreñida en suelos aptos para producir alimentos.

Los testimonios arqueológicos referidos y los que hemos de comentar seguidamente, proceden de las diversas etapas asignadas a la civilización ancestral peruana, y aun a sus albores caracterizados por la presencia de complejos arquitectónicos monumentales, como Las Haldas. Por lo mismo, se infiere que el fenómeno de sobrepoblación dominó en el Perú antiguo por algo más de tres mil años.

En los Andes costaneros los testimonios que dan fe de la presencia del fenómeno de sobrepoblación se expresan sobre todo en obras de ingeniería hidráulica, monumentales en muchos casos como lo demuestran los canales de irrigación construidos en los valles de Moche, Chicama y Lambayeque. En los Andes cordilleranos, por su parte, éstos están funda-



mentalmente representados por aterrazamientos contruidos en pendientes muchas veces abruptas, cubriendo áreas extensísimas; se les conoce con el nombre de *andenes* y además de permitir ganar nuevos espacios para el cultivo este sistema detenía la erosión de los suelos.

A las mencionadas técnicas agrarias se suman otros recursos que, igualmente, sólo tiene su explicación como fórmulas creadas para hacer frente al problema de la sobrepoblación. Se refieren a implantar la producción de comestibles, utilizando estrategias tales como fertilizantes; en particular el *guano*, que era abono de gran rendimiento y se extraía de gruesas capas de excrementos depositados por aves marinas en islas del Pacífico. Otra técnica consistía en excavar *boyas* en la tierra árida o arenosa del litoral; éstas permitían habilitar para el cultivo terrenos humedecidos por aguas del subsuelo (Soldi, 1982).

Otras estrategias más fueron puestas en práctica con el objeto de aumentar la producción de los alimentos al ritmo del crecimiento permanente de la población. Guaman Poma (c. 1600) hace referencia a una de ellas, ciertamente vinculada con la construcción de andenes y las necesidades de riego y que pone de manifiesto, una vez más, la laboriosidad desplegada por el hombre en su desesperación por sobrevivir. Informa al respecto Guaman Poma que, en tiempos aún anteriores al incario, eran habilitadas para el cultivo de áreas improductivas en las que asomaba la roca desnuda, de acuerdo a un singular procedimiento: "(a las) peñas llevaban tierra cernida (apta para el cultivo) y aguas (...) en cántaros para regarla". Esta tradición sigue recordada por la memoria colectiva en pueblos apartados de los centros urbanos y ha sido registrada en vídeo en repetidas ocasiones (Kauffmann Doig, 1989b:261; casete de vídeo AA-07/1986).

Como quedó expuesto, el fenómeno de sobrepoblación debió asomar en el Perú desde acaso hace algo más de tres mil años. Parece atestiguarlo la arquitectura monumental, temprana-

namente presente en la costa. Ésta surgió, a la par que los sacrificios humanos y otras instituciones, como corolario de la necesidad que tenía la población de organizarse utilizando espacios considerados como apropiados para realizar prácticas mágicas imploratorias cada vez más complejas con el fin de manipular exitosamente los poderes sobrenaturales, o sea aquellas fuerzas extrañas y omnipotentes de las que en última instancia dependía el contar con la dotación de alimentos necesaria para la existencia. Acciones éstas surgidas todas para hacer frente a la crisis de alimentos desatada por el crecimiento demográfico y que iba, por paradoja, en incremento de acuerdo a los progresos técnicos en materia de labranza de la tierra, móvil que constatamos inicialmente en 1979, al analizar la iconografía de Sechín que, al parecer, escenifica cruentos sacrificios humanos (Kauffmann Doig, 1979: 139).

La urgencia de una comunidad de organizarse y administrarse, como respuesta para superar los problemas derivados del crecimiento poblacional y de cómo éstos debieron abrir las compuertas a la estratificación de la sociedad en clases, son temas acerca de los que ya hemos adelantado opiniones. Las clases sociales debieron aflorar en el marco de la especialización en el trabajo, por lo que era necesario contar con un grupo de individuos en el que recaía la responsabilidad de conducir y velar por una exitosa administración de la producción de los alimentos; y con un segundo estamento, conformado por las mayorías, cuya responsabilidad se centraba en ejecutar las tareas vinculadas directamente con el cultivo de la tierra. Entre las prerrogativas de los integrantes del primer estamento, obligados a ocuparse de regular los aspectos administrativos, estaba necesariamente el impartir órdenes; los individuos que conformaban el otro grupo social debían, por el contrario, dar obediencia a los mandatos y cumplir estrictamente con las obligaciones de trabajo en el campo.

Para que las órdenes impartidas por los gobernantes fueran acatadas sin miramientos, éstos debieron recurrir a diversas estratagemas. Como una de ellas debe considerarse la que condujo a levantar edificaciones monumentales, que dotaban de prestigio a las elites facilitándoles de este modo ejercer eficazmente el mando (Kauffmann Doig, 1979:139; 1991; 1993b).

Retornando al fenómeno demográfico al que tanta significación conferimos en el tratamiento del tema que nos ocupa, señalamos que Guaman Poma (c. 1600) consigna la tradición por la cual ya en épocas anteriores a los incas el país estaba sobrepoblado. Afirma, al respecto, que "se hazían muy mucha gente..." y agrega que "con otro pueblo y otro pueblo tubieron guerra y se saquearon la ropa". Esta sentencia es esclarecedora en cuanto parece iluminar los estímulos más recónditos de la afloración de la agresividad, reinante especialmente durante la antesala de la formación del incario; probablemente en su esencia se encuentra la causa prístina del desencadenamiento de las acciones bélicas en general que imperaban en las civilizaciones antiguas del planeta.

La tradición relatada por Guaman Poma sobrevive entre campesinos de hoy; curiosamente emplean la misma figura literaria española utilizada por Guaman Poma, cuando éste compara el gentío con un hormiguero: "abia gente (que) como hormiga (se) multiplicaron" (Kauffmann Doig, 1994: 67). Relatos conservados por la memoria colectiva, como el referido que alude al fenómeno de sobrepoblación presente en la antigüedad peruana, han sido recogidos en vídeo en diversos lugares alejados de los centros urbanos (Kauffmann Doig, 1989b: 261; casete de vídeo AA-07/1986, etc.).

El relato recogido por el cronista Miguel Cabello Valboa (1586) sobre el tema, resulta patético: "vino a tanta copia la multiplicación de las gentes (...) que no faltaron ya hombres para las tierras sino tierras para los hombres".

El fenómeno de sobrepoblación aflorado a causa de la limitación de suelos cultivables, siguió vigente aun después de la invasión española y luego que la población nativa había sido diezmada considerablemente y reducida tal vez a un tercio de la que existía a la llegada de los españoles. De esta manera, en las postrimerías del siglo XVI el territorio del Perú de entonces sólo debía alimentar a una población de aproximadamente dos millones de habitantes. Con todo, el problema de la limitación de los suelos cultivables era, al parecer, insuficiente aun para aquel exiguo número de almas; no de otro modo Garcilaso (1609 lib. V, c. 3) habría enfatizado por entonces que "en todo el Perú hay gran falta de tierras de pan".

En cuanto a la domesticación de un sinnúmero de cultígenos en el antiguo Perú, ésta también puede considerarse como un hecho cuya raíz fue la necesidad del hombre de disponer de la cantidad de alimentos indispensables para su existencia. La diversidad de condiciones climáticas que ofrece el territorio favorecieron grandemente estas acciones. Sin embargo, la tradición del andino de valerse de productos cosechados en varios "pisos altitudinales" (Murra, 1972), debe entenderse como una estrategia surgida de la constante preocupación por cubrir su cuota de alimentos y de las condiciones geográficas propias del medio cordillerano. Sólo en segunda instancia debió primar el factor de contar con manjares provenientes de diversas zonas altitudinales, o la finalidad de "balancear la dieta"; lo esencial en los Andes era la lucha por conseguir la cuota mínima exigida para subsistir y los esfuerzos desplegados en este sentido terminaban por extenuarlo.

Tanto en la región de la costa como en los valles cordilleranos cálidos, fueron aclimatados cultígenos oriundos de la Amazonía como la yuca (*Manibot esculenta*) y el maní (*Arachis hypogaea*), por ejemplo. Probablemente no se hubiera

desplegado este esfuerzo de no haberse advertido que la domesticación de plantas redundaba en una fórmula más para asegurar el sustento. La presencia de estos cultígenos propios de la floresta tropical, por el hecho de que fueron aclimatadas hace algunos milenios en la costa y en valles interandinos *cbompiyunga* o templados, no constituyen prueba de un origen amazónico de la civilización andina a la luz de la explicación aquí formulada sobre la importancia de la domesticación de plantas como estrategia destinada a aumentar la producción de los alimentos.

Los camélidos sudamericanos, como la llama (*Auchenia llama*) y como también la alpaca (*Auchenia pacus*), domesticados tempranamente en los Andes (Wheeler, 1982), constituían valioso complemento de la alimentación y excepcionalmente la base del sustento (Wheeler, 1982). Sin embargo, la carne en general, incluyendo la del cuy (*Cavia cobaya*), era consumida sólo en pequeña escala por los agricultores andinos; la leche de camélidos americanos no era materia de alimento. También se recurría a la fauna silvestre, especialmente cazando cérvidos (Antúnez de Mayolo, 1981).

Cuando los costeños se tornaron agricultores, la fauna marina siguió desempeñando un papel primordial en la alimentación por su excepcional abundancia, esto es desde hace unos tres mil años. Pero ocupó, a partir de entonces, un segundo puesto frente a los productos extraídos del agro, especialmente del maíz (*Zea mayz*), cuyo rol fue preponderante y universal en los Andes.

En tiempos anteriores a la agricultura, la pesca marina pudo constituirse en un factor que indujo a un primer despliegue cultural, como lo propone especialmente Michael E. Moseley para la costa norte (Moseley, 1975; Richardson III, 1981). La ponderada riqueza de la fauna del Pacífico debió, sin duda, favorecer el aumento demográfico y, de este modo, obligar a



los pobladores del litoral a administrarse buscando cada vez más eficiencia; esto parece ser corolario cuando la población se multiplica. Tal vez en aquel crecimiento demográfico impulsado por la pesca intensiva, puedan explicarse los móviles que condujeron a los costeños de hace unos tres mil años a adoptar el cultivo de la tierra, como forma primordial de la obtención de su sustento y para el efecto a ocupar, a partir de entonces, las zonas fértiles de los oasis fluviales.

En cuanto se refiere al mascado de la hoja de coca (*Erythroxylon coca*), puede decirse que este hábito, aun cuando la planta no es propiamente alimenticia, debió coadyuvar al aumento de la producción de los alimentos debido a sus cualidades de insuflar el vigor y resistencia imprescindibles en la ejecución de las prolongadas y arduas jornadas de labranza de la tierra, como son especialmente las practicadas en la región cordillerana. Al respecto, un mito difundido por gran parte del territorio cuenta que los gentiles o ancestros tenían la facultad de amarrar al Sol (*intibuanata*), con vistosas cintas, con el objeto específico de que sujetado alumbrara más horas de lo normal y que de este modo pudieran llegar a su culminación las jornadas de trabajo en el campo que exige la agricultura en la región andina, para abastecer la demanda de alimentos (Kauffmann Doig: Informantes C.L. y otros, 1988).

Recordemos, finalmente, que las faenas agrícolas en el incario eran ejecutadas al compás de pífanos y de *tinyas* o tambores pequeños, cuya percusión era realizada mayormente por una mujer. Asimismo, durante el tiempo en que los varones roturaban la tierra, con la *chaquitaclla* o arado accionado con el pie y el peso del cuerpo, eran servidos bocados y especialmente *chicha*. Sin duda que estas costumbres, usadas durante las faenas agrícolas empleando notas de jolgorio, fueron implantadas con la finalidad de estimular el espíritu de trabajo y con miras a alcanzar una producción de alimentos mayor. Por otro lado, laborar era asunto



obligatorio en el incario; se debía realizar labores específicas propias de cada edad. La pereza no era tenida como abominable, sino castigada como una afrenta; no podía ser distinto en un país en que implantar la producción de los alimentos era asunto en extremo penoso como vital.

## **7. La sobrepoblación como primordial impulsor de las civilizaciones de la antigüedad**

La magra naturaleza andina de costa y sierra, condujo a agudizar el ingenio y llevó a inventar y poner en práctica un sinnúmero de recursos agrarios destinados a incrementar la producción de los alimentos de acuerdo con el ritmo demográfico creciente. Pero el aumento demográfico en el pasado ancestral peruano no incidió únicamente en la creatividad y puesta en práctica de técnicas agrarias. También avaló, directa o indirectamente, la gestación de otros recursos. Éstos se traducen en expresiones culturales que, juntas, conforman lo que en el sentido amplio de la palabra se da en llamar "civilización".

Un ejemplo de lo dicho es la arquitectura monumental, que se presenta tempranamente en la costa y cuya gestación hemos tratado de explicar oportunamente, como promovida por la necesidad de las elites de magnificar su *status* a fin de merecer que sean escuchados sus mandatos. En ese contexto comentamos también las posibles causas que habrían conducido en el pasado a la división de la sociedad en clases; advertimos al respecto que este fenómeno podía obedecer a una fórmula más, aflorada en los albores mismos de la actividad agrícola, ideada por el hombre para implementar la administración de la sociedad con miras a lograr una satisfactoria producción de los alimentos.

Por lo mismo, consideramos que el clasismo no se redujo en las civilizaciones ancestrales únicamente a representar una

nefasta y detestable presencia de opresores y oprimidos como de explotadores y explotados. Negar la misión de las elites en el pasado, prístina sobre todo en sus inicios, no es otra cosa que buscar distorsionar hechos históricos con el propósito de apuntalar los postulados de la ideología que pregona la lucha de clases como receta redentora de la humanidad. Fue la constatación expuesta que nos llevó a expresar, que el "Perú antiguo alcanzó el nivel de alta cultura por lo mismo que la sociedad estuvo organizada, implicando aquello una rigurosa estratificación social" (Kauffmann Doig, 1978: 10, 541-542; 1980: 8-9, 81-82, 541-542).

Lo expresado por el autor no debe, con todo, considerarse como una postura ajena al ideal humanista que pregona la igualdad que debería primar entre los hombres, por más inalcanzable que ésta sea en la práctica.

Agreguemos que las elites en el incario y aun en las de tiempos anteriores, y tal como sucede mundialmente y en toda época, éstas se arrogaron privilegios. Pero no por eso abandonaron la mística tendente a velar por la alimentación de sus súbditos, para lo cual implantaron una administración eficiente.

Ciertamente que a todos nos seduce el brillo exterior de áureas riquezas como las admirables de Sipán, o de monumentos arquitectónicos soberbios como el de Machu Picchu; igualmente quedamos atónitos frente a la enorme extensión territorial alcanzada por el expansionismo en el incario. Pero el mayor de los asombros y respeto por el pasado arqueológico, despierta en el autor el eficiente aparato administrativo puesto en marcha encaminado a ofrecer bienestar en materia de alimentación a todos los miembros de la comunidad.

Atendiendo a esta circunstancia y liberado el autor de "todo compromiso que no tenga por meta la intención llana de arrancar siluetas a las tinieblas históricas" (Kauffmann Doig, 1980: 9), y

aun sin pretender caer en vanas exageraciones, exclamó que el incario debería ser considerado "como acaso la más exitosa experiencia estatal de la antigüedad y quizás la más lograda hasta el presente" (Kauffmann Doig, 1990, v.2:79). No podemos soslayar, sin embargo, que la filosofía humanista andina, amalgamada a la solución del problema alimenticio, trae sus raíces en la urgencia de aumentar la producción de los alimentos a medida que se agigantaba el fantasma del hambre debido al estado de sobrepoblación en que se vivía.

Llama la atención que los estudiosos del pasado ancestral peruano, cuando aluden a obras arquitectónicas portentosas o cuando subrayan la capacidad demostrada por el andino arqueológico en cuanto al manejo de su ambiente, sólo se limiten a aplaudir y a enunciar frases de asombro. De esta manera únicamente hacen referencias al lado externo de las cosas, dejando de lado explicaciones que se refieran a los motivos que insuflaron vida a estas maravillosas expresiones materiales del pasado.

Una excepción la constituye Louis Baudin (1928). Pero la hostilidad de la naturaleza del territorio peruano que Baudin pregona con dramatismo, no se reduce a lo escarpado y fragoso de la topografía cordillerana: subyace en la reducida capacidad del territorio para alimentar a una población que, desde cuando obtuvo su alimentación mediante técnicas agrícolas, comenzó a registrar un aumento demográfico desproporcionado para su medio.

Reiteramos que fue la voluntad dirigida a incrementar la producción de los alimentos lo que condujo a que aflorase no solamente las técnicas ligadas directamente al cultivo de la tierra, sino también prácticamente la totalidad de las manifestaciones culturales que exhibe la civilización ancestral peruana. La excepción de la regla parece estar representada por algunos aspectos relativos a patrones funerarios, como aquel de la

posición sentada que se daba al cuerpo de los difuntos y que es tradición universalmente practicada y heredada de concepciones afloradas en los albores de la humanidad.

En cuanto a otros sesgos relativos a las creencias religiosas, tal como el representado por el ampuloso ritual andino, se aprecia que son productos propios de las funestas peculiaridades para con el agricultor que presenta el territorio andino al haber sido ocupado por una población más numerosa que la que podía sustentar.

La estructura mágico-religiosa andina tomada en conjunto descubre que básicamente no era otra cosa que una estrategia agraria más. En efecto, valiéndose de ella el hombre pretendía contribuir a que la producción de los alimentos no sufriera percances. Para ello recurrió a fórmulas mágicas, destinadas a obtener la benevolencia de los poderes sobrenaturales con el fin de que éstos contribuyeran a que la tierra no dejase de ser pródiga en alimentos; los asuntos de buenaventura personal eran motivo de peticiones de segundo orden.

Como sucede con otras creencias, también las andinas ofrecían explicaciones acerca de una existencia en el más allá. Ésta era imaginada como una continuación de la vida experimentada por el difunto en el mundo terrenal. Por lo mismo, la ansiedad de contar con la subsistencia que permitiera existir, seguía presente también en las moradas de ultratumba. Sobre el particular disponemos de un informe en extremo aleccionador, expuesto por José de Arriaga. Refiere de cómo todavía en su tiempo los descendientes del incario "no conocen en esta vida ni en la otra más bienaventuranzas que tener buena chacara (sementera), de que puedan beber y comer y así dicen que (los difuntos en ultratumba) van a hacer chacaras y sementeras..." (Arriaga, 1621). De este modo, se estimaba que en el más allá el soberano y los miembros de la nobleza proseguían al frente de la administración y del mando, mientras

que los individuos que conformaban el pueblo continuaban lidiando en los campos a fin de poder sustentarse.

De lo dicho se deduce que, a diferencia de otras religiones como la judeo-cristiana, la religión andina no prometía espacios en el cielo por buena conducta, como que tampoco condenaba a padecimientos en el infierno. Los asuntos de la moral eran de competencia del Estado, y era a sus funcionarios a quienes competía castigar las infracciones.

En relación a la moral, resulta significativo recordar que entre las normas establecidas figuraba en segundo lugar la importancia de "no ser ocioso" o *ama quella*. Sin duda alguna que los sabios del pasado andino, autores de aquellos preceptos morales, tomaron muy en cuenta que el combatir la pereza se traducían en una fórmula más tendente a lograr una exitosa producción de los alimentos.

Los poderes sobrenaturales andinos fueron imaginados en el contexto de la permanente lidia por la subsistencia. En efecto, no estaban personificados en un solo ente divino, como es el caso del bíblico Padre Eterno. Conformaban una pareja, en connubio para sustentar a la humanidad; no podía ser de otro modo en el esquema mental andino dominado por el problema del sustento.

Los dos seres de la más alta jerarquía que regían los destinos de la humanidad eran *Illapa* y *Pachamama*, o como quiera que se les haya llamado. El primero, era de condición masculina y fungía de *Dios del Agua*. Por su parte, el ser sobrenatural imaginado femenino era la *Diosa Tierra*, que no regía sobre el mundo sino sobre las sementeras y los campos que permitían sustentar a los animales; las altas cumbres o *apus* encarnaban al Dios del Agua. Para cumplir con su rol de oferente directa de los alimentos, la *Pachamama* precisaba ser fertilizada por las aguas de *Illapa* (Kauffmann Doig, 1986, 1987).



A diferencia del bondadoso y misericordioso dios bíblico, el rostro del Dios del Agua era imaginado con rasgos demoníacos. Lo comprueba la representación de un personaje de máxima jerarquía, figurado en forma de un ser de rasgos humanos pero dotado de atributos felinomorfos, cuyo retrato, con variantes, aparece estampado en la iconografía andina universal y en todos los tiempos.

El Dios del Agua arqueológico siguió presente en la información etnohistórica, con el nombre de Viracocha y tomando otras denominaciones. Igualmente figura en mitos como el de Qhoa, Oscollo o Titi, vigentes en la memoria colectiva y que en repetidas ocasiones hemos documentado en vídeo (Kauffmann Doig, 1989b: 264-268). Los relatos actuales imaginan al antiguo Dios del Agua en forma de un felino desplazándose por los aires en las brumas de *puquio(s)* o manantiales, o entre las nubes, precisamente en los instantes en que se desatan las tempestades oferentes del agua a través de la lluvia.

No obstante el carácter de donante del agua, Qhoa, Oscollo, Titi, Solpecuro o como se le llame, este ser sobrenatural es considerado malévol, cruel y por lo mismo es temido; por eso tal vez sea su rostro demoníaco en las representaciones arqueológicas. No dona el agua de sus lluvias espontáneamente. Para ello el hombre debe ofrendarle los alimentos que supone son de su preferencia (*iranta*); se estima que entre los mismos figuran fetos de llama, coca, cigarrillos, "trago", etc. En los mitos de hoy este ser sobrenatural no solicita sacrificios humanos, pero sí está siempre al acecho para devorar tanto a personas como a animales; cual si fuera un privilegio suyo el tomar la vida *motu proprio* y empleando así una forma *sui generis* de sacrificio, distinto al ofrendado por el hombre "voluntariamente" (Kauffmann Doig, 1980: 42; 1995: 66).

Pero así como la gestación, el rumbo y las características que exhibe la civilización ancestral peruana pueden explicarse



por la curva demográfica ascendente y el medio geográfico exiguo en tierras cultivables, por paradoja estos factores que favorecieron el desarrollo cultural en la antigüedad se traducen, al presente, en conflictos socioeconómicos, de magnitud tal que al parecer superan los límites de la capacidad humana; traen su raíz cuando una sociedad dedicada tradicionalmente a la agricultura llega a alcanzar una tasa poblacional que sobrepasa largamente las expectativas de sustento de los suelos cultivables.

Esta coyuntura parece explicar la conflagración que experimenta el Perú contemporáneo, especialmente a partir de 1940, cuando la población comenzó a crecer vertiginosamente en una proporción jamás antes experimentada; paradójicamente, y aunque cueste decirlo, como resultado de los pasmosos avances realizados en ese entonces por la medicina, especialmente del descubrimiento de las bondades de la penicilina, que condujeron a frenar la mortandad infantil y a prolongar la vida y, de este modo, a un aumento violento de la población.

De 2.651.840 almas con que contaba el país en las postrimerías del siglo XIX (1876), la población llegó a 6.217.381 en 1940; en 1981 alcanzaba los 17.005.210 (Varillas et. al, 1990); pocos años después, en 1995, se aproximó a los 24.000.000. Comparada la última cifra con las estimaciones acerca de la población del incario al momento de presentarse los españoles, ésta resulta por lo menos ser cuatro veces superior al cálculo establecido por John H. Rowe (1946) y tres veces más al de Noble David Cook (1981); no se toma en cuenta aquí que el Perú de los incas se extendía mucho más allá de sus fronteras actuales.

Para un territorio limitado en suelos aptos para sembrar como el andino, la tasa poblacional computada por kilómetro cuadrado no tuvo que ser alta para sobrepoblarlo; y, como

también fue señalado, para comprobar el fenómeno de sobrepoblación no se requiere necesariamente realizar tanteos numéricos debido a las fluctuaciones a que está expuesta la tasa demográfica en el tiempo, y a las dificultades que presenta un análisis de este tipo. La sobrepoblación del medio queda elocuentemente atestiguada por los restos provenientes de la actividad agraria puesta en práctica para lograr, desesperadamente, ensanchar la frontera agraria y de este modo aumentar la producción de alimentos. Y también, en sus albores, por la arquitectura monumental temprana como Las Haldas, tanto como por la iconografía presente en Sechín, que muestra cruentos y abundantes sacrificios humanos que hipotéticamente consideramos fueron el producto de una búsqueda para conjurar la crisis alimentaria a causa de sequías, o por haber quedado copados los terrenos de fácil cultivo (Kauffmann Doig, 1979:139).

### **Post-scriptum**

Consideramos, en conclusión, haber presentado un nuevo modelo de interpretación de la gestación de la civilización ancestral peruana y de las causas que condicionaron el rostro particular que ostenta, fundamentado en el acelerado crecimiento demográfico que en el pasado desencadenó la implementación de un tipo complejo de agricultura, llegando a que el fenómeno se tradujera en sobrepoblación a causa de los limitados suelos aptos para el cultivo con que cuenta la costa como la cordillera de la región de los Andes (Kauffmann Doig, 1991: 1993).

Dejamos constancia de que esta nueva perspectiva no nació inspirada en las lúcidas ideas de Tomás Roberto Malthus (1766-

1834), ni emulando las de Arnold Toynbee (1889-1975), que introdujo la noción de *challenge and response*, reflatada en los escritos del gran V. Gordon Childe (1892-1957) cuando vislumbró en el exceso demográfico una fuerza motriz de cambios históricos, tema al que sin embargo no le confirió el debido énfasis (Childe 1954) al igual que sus seguidores peruanos y peruanistas extranjeros. Por otro lado, declaramos que la perspectiva aquí ensayada tampoco se gestó a la luz de las propuestas de décadas pasadas expuestas por Karl Wittfogel (1955) y Julian Steward (1955) en relación con el papel desempeñado por el riego en el origen de las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo.

La perspectiva aquí presentada surgió, sin que inicialmente nos propusiéramos abordar el tema, simplemente a consecuencia de nuestras exploraciones que emprendimos desde 1980 en los Andes amazónicos septentrionales del Perú. Estas investigaciones nos permitieron constatar que los testimonios arqueológicos allí presentes traían sus raíces en tradiciones andinas y no en amazónicas. Al buscar una explicación acerca de las causas que habrían motivado que cordilleranos dejaran su terruño ancestral, desde antes del incario, asentándose en el flanco oriental de los Andes amazónicos (Kauffmann Doig, 1991: 47-48). Sucesivas pesquisas nos llevaron a advertir que este fenómeno migratorio no podría ser más que el resultado de la imperiosa necesidad de moradores del Ande, en razón de una creciente tasa demográfica a la que están expuestas las antiguas sociedades que se sustentan de la agricultura, unido a la limitación de suelos aptos para el cultivo en cordillera y costa, debido a la extrema aridez del territorio y a la irregularidad con que se desencadenan los fenómenos atmosféricos que produce el agua. Fue así que advertimos plenamente la triste realidad que presenta el territorio en cuanto a su potencial agrícola y que la civilización andina toda se había forjado a raíz del esfuerzo

por conjurar la permanente crisis de alimentos, y, en cuanto a su rostro que éste es reflejo de la dinámica cultural desplegada con este fin (Kauffmann Doig, 1986a, pp. 6-7, 9; 1991, pp. 47-48).

Lima, junio de 1996.

## Bibliografía

- Ameghino, Florentino     *Antigüedad del hombre en el Plata*.  
París: 1880.
- Antúnez de Mayolo,  
Santiago E.                 *La nutrición en el antiguo Perú*.  
Lima: Banco Central de Reserva del  
Perú, 1981.
- Aranibar, Carlos         "Imperio de los incas o Tahuantinsuyo". En: Fernando Lecaros:  
*Visión de las Ciencias Sociales 2*,  
Lima: 1976, pp. 43-55.
- Arriaga, Pablo Joseph de     *Extirpación de la idolatría en el Perú*.  
Lima: 1621.
- Baudin, Louis             *L'empire socialiste des Inka*. Paris:  
1928.
- Bischof, Henning         "Entstehung des Chavin-Stils in Alt-  
Peru". En: *Beiträge zur Allgemeinen  
und Vergleichenden Archäologie* 6,  
1984, pp. 355-425.
- Bird, Junius B.            "Pre-ceramic cultures in Chicama and  
Viro". En: *American Antiquity* 13,  
Menasha, pp. 21-28.
- Burger, Richard L.         "Concluding Remarks: Early Peruvian  
Civilization and its Relation to the  
Chavin Horizon". En: C.B. Donnan  
(ed): *Early ceremonial architecture  
in the Andes*. Dumbarton Oaks,  
Washington: 1985.



- *Emergencia de la civilización en los Andes: ensayos de interpretación*. Lima: 1993.
- Canales Frau, Salvador *Las civilizaciones prehispanicas de América*. Buenos Aires: 1955.
- Cardich, Augusto *Los yacimientos de Lauricocha/nuevas interpretaciones de la prehistoria peruana*. Buenos Aires: Studia Praehistórica/Centro Argentino de Estudios Prehistóricos 1, 1958, pp. 1-104.
- "Native Agriculture in the Highlands of Peruvian Andes". En: *National Geographic Research* 3 (1), Washington, D.C.: 1987.
- Childe, v. Gordon *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Cook, Noble David *Demographic Collapse/Indian Peru, 1520-1560*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.
- Curatola, Marco "Iconografía de Chavín: el 'dios de los grandes colmillos'". En: *Los incas y el antiguo Perú/3000 años de historia*. Madrid: Centro Cultural de la Villa de Madrid, 1991.
- Engel, Frédéric "Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la costa peruana". En: *Arqueológicas* 3. Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología, 1958.

- Fung Pineda, Rosa "El temprano surgimiento en el Perú de los sistemas sociopolíticos complejos: planteamiento de una hipótesis de desarrollo original". En: *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-mesoamericanas (Salinas 1927)*. Guayaquil: 1982, pp. 457-495.
- García, Gregorio *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. Madrid: 1607.
- Garcilaso de la Vega, Inca Primera parte de los *Comentarios reales...* Lisboa: 1609.
- Guaman Poma, Phelipe *Nueva coronica y buen gobierno*. Paris, 1936, c.1600. MS.
- Heine-Geldern, Robert "Significant Parables in the Symbolic Art of Southern Asia and Middle America". En: *XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*, 1951.
- "Die asiatische Herkunft der südamerikanischen Metalltechnik". *Paideuma* 5, 1954, pp. 365-373.
- Heyerdahl, Thor *American Indians in the Pacific*. Estocolmo: 1952.
- Hrdlicka, Ales "The Genesis of the American Indian". En: *Proceeding of the Nineteenth International Congress of Americanists*, 1917, pp. 559-568/ Washington 1915. Washington: 1917.
- Iriarte Brenner, Francisco *Manual de antropología general*. Lima: 1995.

Kauffmann Doig,  
Federico

"Descubrimientos pre-Chavín (...) y necesidad de distinguir dos períodos en la llamada 'época precerámica'. Lima: 1961.

—, *Origen de la cultura peruana*. Lima: 1962.

—, *El Perú arqueológico. Tratado breve sobre el Perú preincaico*. Lima: 1976.

—, *Manual de arqueología peruana* (sexta edición). Lima: 1978.

—, "Sechín: ensayo de arqueología iconográfica". En: *Arqueológicas* 18 Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología, 1979, pp. 101-142.

—, *Manual de arqueología peruana* (séptima edición). Lima, 1980.

—, "Introducción a la cultura Chavín". En: *Culturas precolombinas/Chavín/Formativo* (Arte y Tesoros del Perú) Lima: Banco de Crédito del Perú, 1981, pp. 9-41.

—, "Los mitos históricos propagandísticos en el incario y hoy y sus repercusiones en el historiar". En: *Cuadernos del Taller de Folklore* 6 Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal, 1982, pp. 9-13.

—, "Arquitectura zoomorfa: la ciudad del Cusco, con anotaciones acerca de la arquitectura e iconografía Chavín".

En: *Boletín de Lima* 38. Lima: 1985, pp. 27-34.

—, *Los dioses andinos: hacia una caracterización de la religiosidad fundada en testimonios arqueológicos y en mitos*. Lima: 1986a.

—, "Sarcófagos pre-incas en los Andes amazónicos peruanos". En: *Kuntur/ Perú en la cultura* 1. Lima: 1986b, pp. 4-9.

—, "Indian of the Andes". En: Mircea Eliade et al. (ed): *The Encyclopedia of Religion* 13. New York: 1987, pp. 465-472.

—, "Andes amazónicos: sitios intervenidos por la expedición Antisuyo/86". En: *Arqueológicas* 20. Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología, 1989a, pp. 5-57.

—, "El mito de Qoa y la divinidad universal andina". En: *Mitos universales, americanos y contemporáneos* 1. Lima: Sociedad Peruana de Psicoanálisis, 1989b, pp. 248-283.

—, *Perú antiguo/Una nueva perspectiva*, 2 vs, 1990.

—, "Sobrepoblación en los Andes/una explicación del origen y proceso de la cultura andina". En: *L'imaginaire* 3. Lima: Alianza Francesa, 1991, pp. 45-48.

- , "El Perú y Oceanía a través de la historia". *L'imaginaire* 6. Lima: Alianza Francesa, 1993a, pp. 22-32.
- , "La crisis peruana enfocada por la arqueología". En: Moisés Lemlij (comp.): *III Congreso Peruano de Psicoanálisis*. De la escucha a la interpretación en el Perú de hoy. Lima: Sociedad Peruana de Psicoanálisis, 1993b.
- , "La gestación de la civilización andina y el fenómeno cultural Chavín". En: Marco Curatola, Fernando Silva Santisteban (eds.): *Historia y cultura del Perú*. Lima: Universidad de Lima, 1994, pp. 51-100.

Kauffmann Doig, Federico

y Marino Gonzales

"24 planos arquitectónicos de Chavín de Huántar". En *Arqueológicas* 22 (1993). Lima: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, 1995, pp. 9-78 + 24 planos.

Kubler, George A.

"The quechua in the colonial world". J. Steward, (ed.) *Handbook of South American Indians* 2. Washington D.C.: 1946, pp. 331-410.

Larco Hoyle, Rafael

*Los cupisnique*. Lima: 1941.

Lathrap, Donald W.

*The Upper Amazon* (Ancient People and Places). London: 1970.



- "The Tropical Forest and the Culture Context of Chavin". E.P. Benson (ed.): *Dumbarton Oaks Conference on Chavin*. Washington D.C.: 1971, pp. 73-100.
- *Ancient Ecuador/Culture, Clay and Creativity, 3000-300 B.C.* Chicago: Field Museum of Natural History, 1975.
- León Pinelo, Antonio de *El paraíso en el Nuevo Mundo/comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias occidentales islas de Tierra Firme del Mar Océano* (Publicado por Raúl Porras Barrenechea, Lima 1943, 2 vs.). MS. 1645-50.
- Lumbreras, Luis G. *De los orígenes del Estado en el Perú*. Lima: 1972.
- *Chavín de Huántar en el nacimiento de la civilización andina*. Lima: 1989.
- *Visión arqueológica del Perú milenario*. Lima: 1990.
- Meggers, Betty J., Clifford Evans y Emilio Estrada *Early Formative Period of Coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla Phases*. Smithsonian Contributions to Anthropology 1. Washington: 1965.
- Mendes Correa, A.A. "Nouvelle hypothèse sur le peuplement primitif de l'Amérique du Sud".

- En: *Anais da Faculdade de Ciencias de Porto* 15. Porto: 1928.
- Moseley, Michael E. *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. Menlo Park, California: Cummings Publishing Co., 1975.
- Moseley, Michael E. y Eric C. Deeds "The Land in Front of Chan Chan: Agrarian Expansion, Reform, and Collapse in the Moche Valley". En: M.E. Moseley y K.C. Day: *Chan Chan: Andean Desert City*. Albuquerque: 1982, pp. 25-54.
- Murra, John V. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas" (Iñigo Ortiz de Zúñiga: Visita de la provincia de León de Huánuco). En: *Documentos para la historia y etnología de Huánuco y la selva central* 2. Lima: 1972, pp. 426-476.
- Nials, Fred et al. "El Niño: the Catastrophic Flooding of Coastal Peru". En: *Bulletin of the Field Museum of Natural History* 50 (7). Chicago: 1979 pp. 4-14; 50 (8), pp. 4-10.
- Richardson III, James B. "Modeling the Development of Sedentary Maritime Economies on the Coast of Peru: a Preliminary Statement". En: *Annals of Carnegie Museum* 50. Pittsburg: 1981, pp. 139-150.

- Rivet, Paul "Les origines de l'homme américain". En: *L'Anthropologie* 35. Paris: 1925, pp. 293-319.
- , *Los orígenes del hombre americano* México: Ediciones Cuadernos Americanos, 1943.
- Ravines, Rogger "Sobre la formación de Chavín: imágenes y símbolos". En *Boletín de Lima* 34. Lima: 1984.
- Roe, Peter G. "On Rainbow Dragons, Past and Present: The Tello Obelisk, the Waiwai Urfiri, and the Shipibo Acoro". En: *VI Internacional Symposium*. Guatemala: Latin American Indian Literature Association. Guatemala, 1988.
- Rosenblat, Ángel *La población indígena y el mestizaje en América*. Buenos Aires, 1954.
- Rowe, John H. "Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest". En: *Handbook of South American Indians* 2. Washington D.C.: 1946, pp. 183-390.
- , *Chavin Art/an Inquiry into its Form and Meaning*. New York: The Museum of Primitive Art, 1962.
- Sandweiss, Daniel,  
Harold Rollins y  
James B. Richardson III "Landscape Alteration and Pre-historic Human Occupation on the North Coast of Peru". En: *Annals of*

- the Carnegie Museum* 52. Pittsburg: 1983, pp. 277-298.
- Soldi, Ana María *Agricultura tradicional en boyas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1982.
- Steward, Julian "Introducción: el symposium sobre las civilizaciones de regadío". En: *Las civilizaciones del Viejo Mundo y de América*. Washington D.C.: 1955, pp. 1-5.
- Uhle, Max "Los principios de la civilización en la sierra peruana". En: *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 1 (1). Quito: 1920, pp. 44-56.
- *Wesen und Ordnung der alt-peruanischen Kulturen* (1918). Berlin: 1959.
- Tello, Julio C. *Antiguo Perú/primer época*. Lima: 1929.
- "Sobre el descubrimiento de la cultura Chavín en el Perú". En: *Letras* 26. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1943, pp. 326-373.
- Varillas Montenegro, Alberto y Montajo de Muelle, Patricia et al. *La situación poblacional peruana/ balance y perspectivas*. Lima: 1990.
- Wheeler, Jane C. *Lamoid Domestication and the Early Development of Pastoralism in the Central Peruvian Andes* (trabajo

presentado al 47th Annual Meeting/  
Society for American Archaeology).  
Minneapolis, 1982.

Wittfogel, Karl

· "Aspectos del desarrollo de las sociedades hidráulicas". En: *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo* Washington D.C.: Unión Panamericana, 1955, pp. 45-54.